



## Edgardo Pérez Morales, *El Caribe cimarrón y los corsarios de Cartagena en la época de la Independencia*. Barranquilla: Editorial Uninorte/Banco de la República, 2023, 236 pp.

Joaquín Monge Castillero   
Universidad Pablo de Olavide

 <https://doi.org/10.17533/udea.trahs.26.14>

Edgardo Pérez Morales es doctor en historia por la University of Michigan (Estados Unidos). Se desempeñó como profesor de Historia de América Latina y el Caribe en la Universidad del Sur de California (USC) y actualmente es profesor asociado en el Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Entre sus principales publicaciones se encuentran: *Unraveling Abolition: Legal Culture and Slave Emancipation in Colombia* (2022); *Voces de esclavitud y libertad. Documentos y testimonios. Colombia, 1701–1833* (2013) y *El gran diablo hecho barco. Corsarios, esclavos y revolución en Cartagena y el Gran Caribe, 1791–1817* (2012).

La obra que se presenta aborda un tema que, hasta ahora, no había ocupado un lugar central en los estudios sobre la historia de Cartagena de Indias durante el período de la Independencia. Aunque algunos autores clásicos hicieron referencias indirectas a estos acontecimientos, rara vez los situaron como eje articulador de sus análisis. En este contexto, el estudio del curso en la República de Colombia resultaba prácticamente inexistente. Por su parte, la historiografía caribeña se había concentrado en gran medida en el Caribe anglófono, con especial énfasis en el análisis del sistema de plantaciones azucareras y de las poblaciones afrodescendientes, en línea con los aportes clásicos de Sidney Mintz, Antonio Benítez-Rojo y Franklin W. Knight.

El propósito central del libro se articula en torno a una pregunta esencial: ¿qué estaba sucediendo en el mar? A partir de la independencia de Cartagena de Indias, la ciudad intensificó su actividad marítima. Sin embargo, esta no constituía una novedad absoluta, sino la continuidad de una condición histórica ligada a su posición estratégica como puerto del Imperio y sede del Apostadero. Asimismo, Cartagena de Indias funcionaba como un eje articulador entre el Darién y La Guajira y mantenía una estrecha conexión con Portobelo, La Habana, Maracaibo, Santa Marta, Riohacha y las islas de San Andrés, Providencia y Santa Catalina. En este contexto, la ciudad se consolidó desde 1812 como la principal república corsaria insurgente del Caribe, adquiriendo un notable valor simbólico y estra-

tégico en el desarrollo de la actividad, a través de la acción de sus representantes políticos, armadores, corsarios y marineros afrocaribeños.

El enfoque adoptado pone de relieve la importancia de la actividad corsaria como clave interpretativa, especialmente a partir del análisis de las rutas marítimas, las declaraciones de los marineros, las batallas fiscales sobre las presas, las patentes de corso y la adquisición de embarcaciones. Aunque en ocasiones se afirma que la academia anglosajona otorga un protagonismo menor a las fuentes de archivo, este volumen sobresale por la solidez y el rigor de su base documental. Cabe preguntarse, sin embargo, ¿por qué Cartagena de Indias? Su relevancia marítima explica en gran medida que, a finales del siglo XVIII, se intensificara la llegada de embarcaciones extranjeras a su puerto, junto con la circulación de las nuevas y peligrosas ideas de igualdad y libertad. Estas nociones encontraron un terreno fértil en una sociedad mayoritariamente negra y mulata, en una ciudad que se había consolidado como uno de los principales enclaves del comercio de personas esclavizadas en la región.

En este sentido, la obra de Pérez Morales resulta fundamental, pues permite comprender que la historia de Cartagena de Indias no puede explicarse sin atender al papel estructurante del mar. El corso insurgente, además, se proyectó hacia espacios fluviales y costeros, como Santa Cruz de Mompox y Santa Marta, mediante campañas que ampliaron su radio de acción. Sin la presencia corsaria, resulta difícil imaginar la supervivencia de Cartagena de Indias entre 1811 y 1815. La ciudad estuvo profundamente marcada, además, por la presencia especialmente de franceses, quienes, tras la Revolución haitiana, encontraron en estos espacios no solo una forma de subsistencia, sino también un medio para difundir ideas republicanas y aspiraciones de libertad.

El principal aporte del autor radica en su capacidad para reinterpretar el Caribe como un espacio histórico atravesado por la resistencia, la movilidad y la conflictividad social de las poblaciones afrodescendientes. Su enfoque desplaza la mirada tradicional, centrada en los imperios y las élites coloniales, para situar en el centro del análisis a los sujetos subalternos, en particular a las comunidades cimarronas. Estas dejan de ser concebidas únicamente como grupos marginales o fugitivos y pasan a entenderse como actores políticos con capacidad de agencia, de negociación y de construcción de territorialidades propias. Desde esta perspectiva, el Caribe se configura como un espacio de articulación transimperial, caracterizado por la porosidad de las fronteras coloniales. En este marco, los cimarrones no solo escapan del sistema esclavista, sino que también desarrollan redes de intercambio, establecen asentamientos perdurables y crean formas alternativas de organización social que desbordan y desafían los mecanismos de control de los distintos imperios. Así, su trabajo contribuye a una lectura conectada del espacio caribeño, al demostrar que las dinámicas de resistencia no fueron fenómenos aislados ni estrictamente locales, sino procesos de alcance regional, articulados mediante circulaciones constantes entre islas, costas continentales y rutas marítimas.

Uno de los capítulos más significativos de la obra examina la división marítima producida en los Cayos de San Luis en 1816, tras la evacuación de los emigrados provocada por la llegada de Pablo Morillo. Este episodio adquiere especial relevancia porque los corsarios buscaban prolongar la experiencia desarrollada en Cartagena de Indias: la creación de espacios insurgentes y repúblicas marítimas articuladas en el Caribe, más que la subordinación a

un proyecto político exclusivamente orientado hacia Tierra Firme. Se trataba de hombres de mar acostumbrados a operar con amplios márgenes de autonomía y a sostener sus propias redes políticas, militares y comerciales. Por ello, reorientaron sus esfuerzos hacia el golfo de México y la costa oriental de Estados Unidos, donde continuaron promoviendo expediciones y proyectos revolucionarios vinculados al mundo corsario y a los circuitos insurgentes caribeños desde enclaves como Matagorda, Amelia o Providencia. Bolívar, por el contrario, mantenía la idea de consolidar un liderazgo centralizado y un proyecto político de alcance continental bajo una autoridad unificada. Esta visión chocaba inevitablemente con la lógica autónoma de los corsarios y marinos caribeños, poco dispuestos a someterse a jerarquías rígidas o a renunciar a la independencia de acción que había caracterizado su participación en la guerra. La tensión entre ambas concepciones, la marítima, flexible y federalista, y la continental, centralista y jerárquica, anticipaba conflictos que se volverían más visibles en los años posteriores.

Como se demuestra con la entidad política surgida en 1819, al repudiar la participación de los marineros de color en las primeras etapas de la revolución, se rechazaron nuevas colaboraciones con Haití y se quebraron los incipientes vínculos diplomáticos establecidos durante los años de guerra para lograr los tratados de amistad y comercio con Estados Unidos y Gran Bretaña. Esta política, reforzada por prácticas de discriminación contra los afrocaribeños, contribuye a explicar por qué la experiencia de la Cartagena independiente y de sus fuerzas corsarias permaneció durante tanto tiempo relegada y silenciada por la historiografía oficial. Los dirigentes de la nueva República de Colombia consideraban a los corsarios un lastre político y una amenaza para la consolidación de un Estado centralizado. En consecuencia, optaron por minimizar su protagonismo en las primeras fases del proceso revolucionario e invisibilizar el papel de los marineros de color, a menudo representados como sujetos indeseables para el nuevo orden republicano.

En consecuencia, muchos de los logros alcanzados durante la experiencia de la república corsaria de Cartagena de Indias fueron posteriormente deslegitimados o relegados al olvido tras la creación de la República de Colombia en 1819. Este proceso de exclusión ayuda a explicar, al menos en parte, las dificultades y vacíos que aún persisten en la historiografía cartagenera contemporánea a la hora de estudiar el papel del mundo marítimo y corsario en la independencia. Ello resulta aún más significativo si se considera que la propia República de Colombia continuó expidiendo patentes de corso entre 1822 y 1827, siguiendo una práctica que ya había sido desarrollada por Cartagena.

La obra se inscribe en una corriente historiográfica que busca repensar y redefinir el Caribe no solo como escenario de dominación colonial, sino también como un espacio dinámico de creación política, social y económica. En este marco, la investigación dialoga y se complementa con los aportes del historiador colombiano Ernesto Bassi, en su obra *Un territorio acuoso. Geografías maríneas y el Gran Caribe transimperial (1760-1860)*. Esta línea de trabajo, iniciada en Estados Unidos con los estudios de Julius Scott y continuada por autores como Peter Linebaugh y Marcus Rediker, ha sido posteriormente desarrollada en América Latina, con especial proyección en México a través de historiadores como Antonio García de León y Johanna von Grafenstein.

Se trata de una corriente que incorpora el mar no solo como objeto de estudio, sino también como elemento constitutivo de los procesos históricos de independencia. En este contexto, destacan los historiadores colombianos formados en universidades estadounidenses, quienes han contribuido a recuperar para sus países de origen una dimensión fundamental de su pasado, proponiendo una mirada que sitúa el mar en el centro del análisis histórico y geográfico. Esta perspectiva cuestiona la visión tradicional continental de Colombia, en la que espacios como el archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina han sido históricamente marginados de la narrativa nacional y relegados al olvido. Incluso hoy, en el caso de Cartagena de Indias, persiste un desarrollo limitado de las investigaciones sobre este pasado profundamente vinculado al mar y al Caribe. En este sentido, esta corriente contribuye a dismantlar muchos de los marcos interpretativos heredados de los enfoques imperiales y nacionales.